

pesetas; pero ¿qué le importaba ya, estando cerca de su madre? Con su baulillo al hombro, pasó con otros muchos italianos, a un vaporcito que lo llevó a poca distancia de la orilla; saltó de vaporcito a una lancha que levaba el nombre de *Andrés Doria*, desembarcó en el muelle, se despidió su viejo amigo lombardo, y se dirigió de prisa a la ciudad.

Llegando a la desembocadura de la primera calle que encontró paró a un hombre que pasaba y le preguntó le indicase qué dirección debía tomar para ir a la calle de las Artes. Por casualidad se había encontrado con un obrero italiano. Este le miró con curiosidad y le preguntó si sabía leer. El muchacho contestó que sí. —“Pues bien —le dijo el obrero indicándole la calle de que salía—: sube derecho, leyendo siempre los nombres de las calles en todas las esquinas, y acabarás por encontrar la que buscas”. El muchacho dio las gracias, y siguió adelante por la calle que le indicaron.

Era una calle recta y larga, pero estrecha, flanqueada por casas bajas y blancas que parecían otras tantas casitas de campo, llena de gente, de coches, de carros, que producían ruido ensordecedor; aquí y allá; se izaban inmensas banderas de varios colores, en las que había escrito, en gruesos caracteres, anuncios de salidas de vapores para ciudades desconocidas. A cada instante, volviéndose a derecha e izquierda, veía otras calles que parecían tiradas a cordel, flanqueadas de casas, también blancas y bajas, llenas de gente y de carruajes, y situadas en el mismo plano de la extensa llanura americana, semejante al horizonte del mar. La ciudad le parecía infinita; creía que se podía pasar días y semanas viendo siempre, aquí y allá, otras calles como aquéllas, y que toda América estaba formada así. Miraba atentamente los nombres de las calles; nombres raros, que le costaba trabajo leer. A cada calle nueva que divisaba, sentía que le latía más de prisa el corazón, pensando que fuera la que buscaba. Miraba a todas las mujeres con la idea de encontrar a su madre. Vio una delante de sí, y le dio una sacudida el corazón, la miró, era una negra. Y seguía andando, apretando el paso; llegó a una plazoleta, leyó y quedó como clavado en la acera. Era la calle de las Artes. Volvió, vio el número 117; la tienda del tío era el número 175. Apretó más el paso, casi corría; en el número 171 tuvo que detenerse para tomar aliento, diciendo entre sí: “¡Ah, madre mía, madre mía! ¿Es verdad que te veré dentro de un instante?” Corrió más, llegó a una pequeña tienda de quincalla. Aquella era. Se asomó, vio a una señora con el pelo gris y anteojos: “¿Qué quieres, niño?”, le preguntó aquélla en español. “¿No es ésta —dijo el muchacho procurando echar fuera la voz—

la tienda de Francisco Merelo?” “Francisco Merelo murió”, respondió la señora en italiano. El chico recibió una fuerte impresión al oírlo. “¿Cuándo murió?” “¡Oh hace tiempo! —respondió la señora—, algunos meses, tuvo malos negocios, y se fue. Dicen que se fue a Bahía Blanca, muy lejos de aquí y murió apenas llegó allá, la tienda es mía”. El muchacho palideció. Después dijo precipitadamente: “Merelo conocía a mi madre, la cual estaba aquí sirviendo en casa del señor Mequínez; sólo él podría decirme dónde está. He venido a América a buscar a mi madre. Merelo le mandaba las cartas. Necesito encontrar a mi madre”. “Hijo mío —respondió la señora—, yo no sé de eso. Puedes preguntarle al muchacho del corral, que conoce al joven que le hacía los encargos a Merelo. Tal vez éste sepa algo”. Fue al fondo de la tienda y llamó al chico, que llegó en seguida. “Dime —le preguntó la tendera—: ¿recuerdas si el dependiente de Merelo iba alguna vez a llevar cartas a una mujer que estaba de criada en casa de *hijos del país*?” “En casa del señor Mequínez —respondió el muchacho—, sí, señora, alguna vez. A lo último de la calle de las Artes”. “¡Ah! ¡Gracias señora! —gritó Marcos—. Dígame el número... ¿no lo sabe? Hágame acompañar; acompáñame tú mismo en seguida, chico. Aún tengo algunos cuartos”. Y dijo esto con tanto calor, que, sin esperar la venia de la señora, el muchacho respondió: “Vamos”, y salió él primero a muy ligero paso.

Casi corriendo y sin decir una palabra, fueron hasta el fin de la larguísima calle: atravesaron el portal de una pequeña casa blanca y se detuvieron delante de una hermosa cancela de hierro, desde la cual se veía un patio lleno de macetas de flores. Marcos llamó a la campanilla.

Apareció una señorita. “Vive aquí la familia Mequínez, ¿no es verdad?”, preguntó con ansiedad el muchacho. “Aquí vivía —respondió la señorita pronunciando el italiano a la española—. Ahora vivimos nosotros: la familia Ceballos”. “¿Y adónde han ido los señores Mequínez?”, preguntó Marcos latándole el corazón. “Se han ido a Córdoba”. “¡Córdoba! —exclamó Marcos—; ¿dónde está Córdoba? ¿Y la persona que tenía a su servicio? La mujer, mi madre, la criada era mi madre. ¿Se han llevado también a mi madre?” La señorita le miró y dijo: “No lo sé. Quizás lo sepa mi padre, que los vio cuando se fueron. Espérate un momento. Se fue y volvió con su padre, un señor alto, con la barba gris; éste miró fijamente un momento a aquel simpático tipo de pequeño marinero genovés de cabellos rubios y nariz aguileña, y le preguntó en mal italiano: “¿Es genovesa tu madre?” Marcos respondió que

sí. "Pues bien: la criada genovesa se fue con ellos; estoy seguro". "¿Adónde han ido?" "A la ciudad de Córdoba". El muchacho dio un suspiro; después dijo con resignación: "Entonces... iré a Córdoba". "¡Ah, pobre niño! —exclamó el señor mirándolo con lástima—. ¡Pobre niño! Córdoba está a mil leguas de aquí. Marcos se quedó pálido como un muerto y se apoyó con una mano en la cancela. "Veamos, veamos —dijo entonces el señor, movido a compasión, abriendo puerta—; entra un momento, veremos si se puede hacer algo. Siéntate". Le dio asiento, le hizo contar su historia, estuvo escuchando muy atento y se quedó un rato pensativo; después le dijo con resolución: "Tú no tienes dinero, ¿no es verdad?" "Tengo todavía, pero muy poco", respondió Marcos. El señor estuvo pensando otros cinco minutos; después se sentó a una mesa, escribiendo una carta, la cerró, y dándosela al muchacho le dijo: "Oye italianito, vé con esta carta a Boca. Es una ciudad pequeña, medio genovesa que está a dos horas de camino de aquí. Todo el que te encuentre te puede indicar el camino. Ve allí y busca este señor, al cual va dirigida la carta, y que es muy conocido. Llévale esta carta; él te hará salir mañana para la ciudad de Rosario, y te recomendará a alguno de allí que podrá proporcionarte que sigas el viaje hasta Córdoba, en donde encontrarás a la familia Mequínez y a tu madre. Entretanto, toma esto". Y le dio alguna pesetas. "Anda y ten ánimo; aquí hay por todas partes compatriotas tuyos y no te abandonarán. Adiós". El muchacho le dijo: "Gracias". Sin ocurrírsele otras palabras, salió con su cofre, y despidiéndose de su pequeño guía, se puso en camino lentamente hacia Boca, atravesando la gran ciudad llenó de tristeza y de estupor.

Todo lo que le sucedió desde aquel momento hasta la noche del día siguiente le quedó después en la memoria confuso e incierto como ensueños de calenturiento: ¡tan cansado, turbado y debilitado se encontraba! Al día siguiente: al anochecer, después de haber dormido la noche antes en un cuartucho de una casa de Boca, al lado de un almacén del muelle; después de haber pasado casi todo el día sentado sobre un montón de maderos, y, como entre sueños, enfrente de millares de barcos, de lanchas y de vapores, se encontraba en la popa de una barcaza de vela cargada de fruta que salía para la ciudad de Rosario conducido por tres robustos genoveses bronceados por el sol; la voz de los cuales y el dialecto querido que hablan, llevó algunos bríos a ánimo de Marcos.

Salieron, y el viaje duró tres días y cuatro noches, siendo continua admiración para el pequeño viajero. Tres días y tres noches remontó aquel maravilloso río de Paraná, en cuya comparación

nuestro gran Po no es más que un arroyuelo, y la extensión de Italia, cuadruplicada, no alcanza a la de su curso. El barco iba lentamente a través de aquella masa de agua inconmensurable. Pasaba por entre largas islas, antiguos nidos de serpientes, de tigres, cubiertas de árboles frondosos, semejantes a bosques flotantes; y ora se deslizaban entre estrechos canales, de los cuales parecía que no podía salir, otra desembocaba en vastas extensiones de agua, que semejaban grandes lagos tranquilos; después, saliendo de entre las islas, por los canales intrincados de un archipiélago, llegaba a sitios rodeados de montones inmensos de vegetación. Reinaba profundo silencio. En largos trechos, las orillas y las aguas solitarias y vastísimas evocaban la imagen de un río desconocido, que aquel pobre barco de vela era el primero en el mundo que se aventuraba a surcar. Mientras más avanzaba, tanto más aumentaba aquel inmenso río. Pensaba que su madre se encontraba aún a gran distancia, y que la navegación debía durar años todavía. Dos veces al día, comía un poco de pan y de carne en conserva con los marineros, los cuales, viéndole triste, no le dirigían nunca la palabra. Por la noche dormía sobre cubierta, y se despertaba a cada instante bruscamente, admirando la luz clarísimas de la luna que blanqueaba las inmensas y lejanas orillas; entonces el corazón se le oprimía. "¡Córdoba! —repetía este nombre—. ¡Córdoba!", como el de una de aquellas ciudades misteriosas de las que había oído hablar en las leyendas. Pero después pensaba: "Mi madre ha pasado por aquí; ha visto estas islas, aquellas orillas"; y entonces no le parecían tan raros y solitarios aquellos lugares, en los cuales se había fijado la mirada de su madre... Por la noche, algunos de los marineros cantaban, aquella voz le recordaba las canciones de su madre cuando le dormía de niño. La última noche al oír, aquel canto, sollozó. El marinero se interrumpió. Después le gritó: "¡Animo, chico; valor! ¡Que diablo! ¡Un genovés que llora por estar lejos de su casa! ¡Los genoveses atraviesan todo el mundo tan contentos como orgullosos!" Aquellas palabras le hicieron experimentar una sacudida; oyó la voz de la sangre genovesa que corría por sus venas, y levantó la frente con orgullo, dando un golpe en el timón. "Bien —dijo entre sí—; también daré la vuelta al mundo; viajaré años y años, andaré a pie centenares de leguas, seguiré adelante hasta que encuentre a mi madre. Con tal que vuelva a verla una vez!... ¡Animo!..." Y con estos bríos, llegó, al clarear una fría y hermosa mañana, frente a la ciudad de Rosario, situada en la ribera del Paraná, reflejándose en las aguas los palos y banderas de mil barcos de todos los países. Poco después de desembarcado subió a la ciudad con su cofre

al hombro, buscando a un señor argentino, para el cual su protector de Boca le había dado una tarjeta con algunas líneas de recomendación. Al entrar en Rosario le pareció que se encontraba en una ciudad ya conocida. Aquellas calles eran interminables, rectas, flanqueadas de casas blancas y bajas, atravesadas en todas direcciones, por encima de los tejados, por espesas fajas de hilos telegráficos y telefónicos, que parecían inmensas telarañas, y oyéndose gran ruido de gente, caballos y carruajes. La cabeza se le iba; casi creía que volvía a entrar en Buenos Aires, y que iba a buscar otra vez a su tío. Anduvo cerca de una hora de aquí para allá, dando vueltas y revueltas y pareciéndole que volvía siempre a la misma calle; y a fuerza de tantas preguntas, encontró al fin la casa de su nuevo protector. Llamó con la campanilla. Se asomó a la puerta un hombre grueso, rubio, áspero, que tenía el aire de corredor de comercio, y que le preguntó friamente, con pronunciación extranjera:

“¿Qué quieres?” El muchacho dijo el nombre del patrón. “El patrón —respondió el corredor— ha salido anoche para Buenos Aires con toda su familia”. El muchacho se quedó paralizado. Después balbuceó: “Pero yo... no tengo a nadie aquí... ¡soy solo!” y le dio una tarjeta. El corredor la tomó, la leyó, y dijo con mal humor: “No sé qué hacer. Ya le daré dentro de un mes cuando vuelva...” “¡Pero yo soy solo! ¡estoy necesitado!” exclamó el chico con voz suplicante. “¡He, anda! —dijo el otro—; ¿no hay bastantes pordioseros de tu país en Rosario? Vete a pedir limosna a Italia”.

Y le dio con la puerta en las narices. El muchacho se quedó petrificado. Después tomó con desaliento su baúl y salió con el corazón angustiado, con la cabeza hecha una bomba y asaltado de un cúmulo de pensamientos desagradables.

¡Qué hacer! ¿A dónde ir? De Rosario a Córdoba hay un día de viaje en ferrocarril. Le quedaban ya muy pocas pesetas. Deduciendo las que habría de gastar en aquel día, no le quedaría casi nada. ¿Dónde encontrar dinero para pagar el viaje? ¿Podría trabajar. Pero ¿cómo? ¿A quién pedir trabajo? ¿Pedir limosna! ¡Ah, no! ¡Ser arrojado, insultado, humillado como hace poco, no; nunca: jamás, antes morir! Y ante aquella idea, al ver otra vez delante de sí aquella inmensa calle que se perdía a lo lejos en la interminable llanura sintió que le faltaban otra vez las fuerzas, echó a tierra el cofre, se sentó en él, apoyando la espalda contra la pared, y se cubrió la cara con las manos, sin llorar, en actitud desconsoladora. La gente le tocaba con los pies al pasar; los carruajes hacían ruido por la calle

algunos muchachos se paraban para mirarlo. Estuvo sí buen rato. De su letargo le sacó una voz que le dijo medio en italiano medio en lombardo”.

“¿Qué tienes chiquillo?” Alzó la cara al oír aquellas palabras, y en seguida se puso en pie, lanzando una exclamación de sorpresa: “¿Usted aquí?” Era el viejo labrador lombardo con el cual había contraído amistad durante el viaje. La admiración del viejo no fue menor que la suya. Pero el muchacho no le dio tiempo para preguntarle, y le contó rápidamente lo ocurrido:



“Heme aquí ahora sin dinero; es menester que trabaje; búsqueme usted trabajo para poder reunir algunas pesetas; yo haré de todo: llevar ropa, barrer las calles, hacer encargos, hasta trabajar en el campo; me contento con vivir de pan de munición; pero que pueda yo marchar pronto, que pueda encontrar alguna vez a mi madre; ¡hágame usted esta caridad, búsqueme usted trabajo por

amor de Dios, que yo no puedo resistir más!" "¡Cáspita, cáspita! —dijo el viejo mirando alrededor, rascándose la barba—. ¿Qué historia es ésta? Trabajar... se dice muy pronto. ¡Veamos! ¿No habrá aquí medio de encontrar treinta pesetas entre tantos compatriotas?" El muchacho le miraba animado por un rayo de esperanza. "Ven conmigo", le dijo el viejo. "¿Dónde?" preguntó el chico, volviendo a cargar con el baulillo. "Ven conmigo". El viejo se puso en marcha, Marcos le siguió y anduvieron juntos buen trecho de calle sin hablar. El lombardo se detuvo en la puerta de una fonda que tenía en la muestra una estrella, y escrito debajo: *La Estrella de Italia*; se asomó adentro, y volviéndose hacia el muchacho le dijo alegremente: "Llegamos a tiempo".

Entraron en una habitación grande, en donde había varias mesas y muchos hombres sentados que bebían y hablaban en alto. El viejo lombardo se acercó a la primera mesa, y en el modo como saludó a los seis parroquianos que estaban a su alrededor, se comprendía que había estado con ellos poco antes. Estaban muy encarnados, y hacían sonar sus vasos, voceando y riendo.

"¡Camaradas! —dijo sin más preámbulos el lombardo, quedándose en pie y presentando a Marcos—: he aquí un pobre muchacho, compatriota nuestro, que ha venido solo desde Génova a Buenos Aires para buscar a su madre. En Buenos Aires le dijeron: "No está aquí; está en Córdoba". Viene embarcado a Rosario en tres días y tres noches, con dos líneas de recomendación, presenta la carta; lo reciben mal. No tiene un céntimo. Está aquí solo desesperado. Es un infeliz muy animoso. Hagamos algo por él. ¿No ha de encontrar lo necesario para pagar el billete hasta Córdoba y buscar a su madre? ¿Hemos de dejarle aquí como a un perro?" "¡Nunca por Dios! ¡Nunca nos lo perdonaríamos! —gritaron todos a la vez, pegando puñetazos en la mesa—. ¡Un compatriota nuestro!" "¡Ven aquí pequeño!" "¡Cuenta con nosotros, los emigrantes!" "¡Mira qué hermoso muchacho!" "¡Aflojad los ochavos, camaradas!" "¡Bravo! ¡Ha venido solo! ¡Tiene ánimos! Bebe un sorbo, compatriota". "Te enviaremos con tu madre, no hay que dudar". Uno le tiraba un pellizco en la mejilla, otro le daba palmadas en la espalda; un tercero le aliviaba del peso del cofrecillo; otros emigrantes se levantaron de las mesas próximas y se acercaban; la historia del muchacho corrió por toda la hostería; acudieron de la habitación inmediata tres parroquianos argentinos, y en menos de diez minutos, el lombardo, que presentaba el sombrero, le reunió cuarenta y dos pesetas. "¿Has visto —dijo entonces volviéndose hacia el muchacho— qué pronto se hace esto en América?" "¡Bebel

—le gritó echándole un vaso de vino—. ¡A la salud de tu madre!" Todos levantaron los vasos. Y Marcos repitió: "A la salud de mi..." Pero un sollozo de alegría le impidió concluir y dejando el vaso sobre la mesa, se echó en brazos del viejo lombardo.

La mañana siguiente, al romper el día, había ya salido para Córdoba, animado y riente, lleno de presentimientos halagüeños. Pero esta alegría no correspondía al aspecto siniestro de la naturaleza. El cielo estaba cerrado y oscuro; el tren, casi vacío corría a través de inmensas llanuras, en las que no se veía ninguna señal de habitación. Se encontraba solo en un vagón grandísimo, que se parecía a los trenes para los heridos. Miraba a derecha e izquierda, y no se veía más que una soledad sin fin, ocupaba sólo por pequeños árboles deformes, de ramas y troncos contrahechos, que ofrecían figuras raras y casi angustiosas y airadas; una vegetación oscura, extraña y triste que daba a la llanura el aspecto de inmenso cementerio.

Dormitaba una media hora, y volvía a mirar; siempre veía el mismo espectáculo. Las estaciones del camino estaban solitarias, como casas de ermitaños; y cuando el tren se paraba no se oía una voz; le parecía que se encontraba solo en un tren perdido, abandonado en medio del desierto. Creía que cada estación debía ser la última, y que se entraba, después de ella, en las tierras misteriosas y horribles de los salvajes. Una brisa helada le azota el rostro. Embarcándolo en Génova a fines de abril, su familia no había pensado que en América podría encontrar el invierno, y le había vestido con el frío, el cansancio de los días pasados, llenos de emociones violentas y de noche de insomnio y agitadas. Se durmió; durmió mucho tiempo; se despertó aterido, se sentía mal. Y entonces le acometió un vago terror de caer malo, de morir en el viaje y de ser arrojado allí, en medio de aquella llanura solitaria, donde su cadáver sería despedazado por los perros y por las aves de rapiña, como algunos cuerpos de caballos y vacas que veía al lado del camino de vez en cuando, y de los cuales apartaba la mirada con espanto. En aquel malestar, inquieto, en medio de aquel tétrico silencio de la naturaleza, su imaginación se excitaba y volvía a pensar en lo más negro. "¿Estaba, por otra parte, bien seguro de encontrar en Córdoba a su madre? ¿Y si no estuviera allí? ¿Y si aquellos señores de las calles de las Artes se hubieran equivocado? ¿Y si se hubiera muerto?" Con estos pensamientos volvió a adormecerse y soñó que estaba en Córdoba, de noche, y oía gritar en todas las puertas y en todas las ventanas: "¡No está aquí! ¡No es-

tá aquí!" Se despertó sobresaltado, aterido y vio en el fondo del vagón a tres hombres con barbas, envueltos en mantas de diferentes colores, que lo miraban hablando bajo entre sí, y le asaltó la sospecha de que fuesen asesinos y lo quisieran matar para robarle el equipaje. Al frío, al malestar, se agregó el miedo; la fantasía ya turbada, se le extravió; los tres hombres le miraban siempre; uno de ellos se movió hacia él; entonces le faltó la razón, y corriendo



a su encuentro con los brazos abiertos, gritó: "No tengo nada. Soy un pobre niño. Vengo de Italia; voy ya a buscar a mi madre; estoy solo; ¡no me hagáis daño! Los viajeros lo comprendieron todo en seguida; tuvieron lástima, le hicieron caricias y le tranquilizaron, diciéndole muchas palabras, que no entendía; y viendo que castañeteaba los dientes por el frío, le echaron encima una de sus mantas y le hicieron volver a sentarse para que se durmiera. Y se volvió a dormir al anochecer. Cuando lo despertaron estaba en Córdoba.

¡Ah! ¡Qué bien respiró y con qué ímpetu se echó del vagón! Preguntó a un empleado de la estación dónde vivía el ingeniero Me-

quínez, le dijo el nombre de una iglesia, al lado de la cual estaba su casa; el muchacho echó a correr hacia ella. Era de noche. Entró en la ciudad. Le pareció estar en Rosario otra vez al ver las calles rectas, flanqueadas de pequeñas casas blancas y cortadas por otras calles rectas y larguísimas. Pero había poca gente, y a la luz de los pocos faroles que había, encontró caras extrañas, de un color desconocido, entre negro y verdoso; y alzando la cara de vez en cuando, veía iglesias de una arquitectura rara, que se dibujaban inmensas y negras sobre el firmamento. La ciudad estaba obscura y silenciosa; pero después de haber atravesado aquel inmenso desierto, le pareció alegre. Preguntó a un sacerdote y pronto encontró la iglesia y la casa; tocó la campanilla con mano temblorosa, y se apretó la otra contra el pecho para sostener los latidos de su corazón, que se le querían subir a la garganta.

Una vieja fue a abrir con luz en la mano. "¿A quién buscas?" preguntó aquella en español. "Al ingeniero Mequínez"; dijo Marcos. La vieja, despechada, respondió meneando la cabeza: "¡También, tú, ahora preguntas por el ingeniero Mequínez! Me parece que es ya tiempo de que esto concluya. Ya hace tres meses que nos inoportunan con lo mismo. No basta que lo hayamos dicho en los periódicos. ¿Será menester anunciar en las esquinas que el señor Mequínez se ha ido a vivir a Tucumán?" El chico hizo un movimiento de desesperación. Después dijo en una explosión de rabia: "¡Me persigue, pues, una maldición! ¡Yo me vuelvo loco! ¡Me mato! ¡Dios mío! ¿Cómo se llama ese país? ¿Dónde está? ¿A qué distancia?" "¡Pobre niño! —respondió la vieja compadecida—. ¡Una friolera! Estará; a cuatrocientas o quinientas leguas por lo menos". El muchacho se cubrió la cara con las manos; después preguntó sollozando: "Y ahora... ¿qué hago?" "¿Qué quieres que te diga, hijo mío? —respondió la mujer—; yo no sé". Pero de pronto se le ocurrió una idea, y la soltó en seguida: "Oye, ahora que me acuerdo. Haz una cosa. Volviendo a la derecha por la calle encontrarás, a la tercera puerta, un patio; allí vive un *capataz*, un comerciante que parte mañana para Tucumán con sus carretas y sus bueyes; ve a ver si te quiere llevar, ofreciéndole tus servicios; te dejará, quizá, un sitio en el carro; anda en seguida". El muchacho cargó con su cofre, dio las gracias a escape, y al cabo de dos minutos se encontró en un ancho patio, alumbrado por linternas, donde varios hombres trabajaban en cargar sacos de trigo sobre algunos grandes carros, semejantes a casetas de titiriteros, con la cubierta rodeada y las ruedas altísimas. Un hombre alto, con bigote, envuelto en una especie de capa con cuadros blancos y negros, con dos anchos bor-

ceguíes, dirigía la faena. El muchacho se acercó a él y le expuso tímidamente su pretensión, diciéndole que venía de Italia y que iba a buscar a su madre.

El *capataz*, o sea el conductor de aquel convoy de carros, le echó una ojeada de pies a la cabeza y le dijo secamente: "No tengo colocación para ti". "Tengo quince pesetas —replicó el chico suplicante—, se las doy. Trabajaré por el camino. Iré a buscar agua y pienso para las bestias; haré todos los servicios. Un poco de pan me basta. Déjeme ir, señor". El *capataz* volvió a mirarlo, y respondió con mejor aire: "No hay sitio... y además, no vamos a Tucumán, vamos a otra ciudad, a Santiago. Te tendríamos que dejar en el camino, y tendrías que andar todavía buen trecho a pie". "¡Ah! ¡Yo andaré el doble! —exclamó Marcos—; yo andaré, no lo dude usted; llegaré de todas maneras; ¡déjeme un sitio, señor, por caridad; por caridad no me deje aquí solo!" "Mira que es un viaje de veinte días!" "No importa". "¡Es un viaje penoso!" "Todo lo sufriré". "¡Tendrás que viajar solo!" No tengo miedo a nada. Con tal que encuentre a mi madre... ¡Tenga usted compasión!" El *capataz* le acercó a la cara una linterna y lo miró. Después dijo: "Está bien". El muchacho le besó las manos. "Esta noche dormirás en un carro —añadió el *capataz*, dejándolo—; mañana a las cuatro te despertaré. Buenas noches". Por la mañana, a las cuatro, a la luz de las estrellas, la larga fila de los carros por seis bueyes. Seguía a todos un gran número de animales para mudar los tiros. El muchacho, despierto y metido dentro de uno de los carros, con su bagaje, se durmió bien pronto profundamente. Cuando se despertó, el convoy estaba detenido en un lugar solitario, bajo el sol, y todos los hombres, los *peones*, estaban sentados en círculo, alrededor de un cuarto de ternera que se asaba al aire libre, clavando en una especie de espadón plantado en tierra, al lado de un gran fuego, agitado por el viento. Comieron todos juntos, durmieron, y después volvieron a emprender la jornada, y así continuó el viaje, regulando como una marcha militar. Todas las mañanas se ponían en camino a las cinco; paraban a las nueve; volvían a andar a las cinco de la tarde y paraban de nuevo a las diez. Los *peones* iban a caballo y excitaban a los bueyes con palos largos. El muchacho encendía el fuego para el asado, daba de comer a las bestias, limpiaba los faroles y llevaba el agua para beber. El país pasaba delante de él como una visión fantástica: vastos bosques de pequeños árboles oscuros; aldeas de pocas casas, dispersas, con las fachadas rojas y almenadas, vastísimos espacios, quizá antiguo lechos de grandes lagos salados, blanqueados por la

sal hasta donde alcanzaba la vista; y por todas partes, y siempre, llanura, soledad, silencio. Rarísima vez encontraban dos o tres viajeros a caballo seguidos de unos cuantos caballos sueltos, que pasaban a galope, como una exhalación. Los días eran todo signales, como en el mar, sombríos e interminables. Pero el tiempo estaba hermoso. Los *peones* como el muchacho se había hecho un servidor obligado, se hacían de día en día más exigentes; algunos lo trataban brutalmente, con amenazas; todos se hacían servir de él sin consideración; le hacían llevar cargas enormes de forrajes; le mandaban por agua a grandes distancias, y él, extenuado por la fatiga, no podía ni aun dormir de noche, despertando a cada instante por las sacudidas violentas del carro y por el ruido ensordecedor de las ruedas y de los maderos. Además, habiendo levantado viento, una tierra fina, rojiza, y sucia que lo envolvía todo, penetraba en el carro, se le introducía por entre la ropa, le quitaba la vista y la respiración oprimiéndole continuamente de un modo insuportable. Extenuado por la fatiga y el insomnio, roto y sucio, reprendido y maltratado desde la mañana hasta la noche, el pobre muchacho se debilitaba más cada día, y hubiese decaído su ánimo por completo si el *capataz* no le dirigiese de vez en cuando alguna palabra agradable. A veces, en un rincón del carro, cuando no lo veían, lloraba con la cara apoyada en su baúl, que no contenía ya más que andrajos. Cada mañana se levantaba más débil y más desanimado, y al mirar el campo y ver siempre aquella implacable llanura sin límites, como un océano de tierra, y decía entre sí: "¡Oh! ¡A la noche no llego; no llego a la noche! ¡Hoy me muero en el camino!" Y los trabajos crecían, los malos tratos se redoblaban. Una mañana, porque había tardado en llevar el agua, uno de los hombres, no estando presente el *capataz*, le pegó. Desde entonces comenzaron a hacerlo por costumbre: cuando le mandaban algo, le daban un trazo, diciéndole: "¡Haz esto, holgazán! ¡Lleva esto a tu madre!" El corazón se le quería salir del pecho; enfermó, estuvo tres días en el carro con una manta encima, con calenturas sin ver a nadie más que al *capataz*, que iba a darle de beber y a tomarle el pulso. Entonces se veía perdido, e invocaba desesperadamente a su madre, llamándola mil veces por su nombre. "¡Oh! ¡Madre mía! ¡Madre mía!... ¡Oh, pobre madre mía, que ya no te veré más! ¡Pobre madre, que me encontrarás muerto en medio del camino!" Juntaba las manos sobre el pecho, y rezaba. Después se puso mejor, gracias a los cuidados del *capataz*, y se curó por completo; mas con la curación llegó el día más terrible de su viaje, el día en que debía quedarse solo. Hacía más de dos semanas que

estaba en marcha. Cuando llegaron al punto en que el camino de Tucumán se apartaba del que va a Santiago, el *capataz* le avisó que debían separarse. Le hizo algunas indicaciones respecto al trayecto, le cargó el equipaje sobre las espaldas, de modo que no le incomodase para andar, y abreviando, como si temiera conmovirse, lo despidió. El muchacho apenas tuvo tiempo de besarle en un brazo.



También los demás hombres, que tan duramente le habían maltratado, parece que sintieron un poco de lástima al verle quedarse tan solo, y le decían adiós con la mano al alejarse; él devolvió el saludo con la mano, se quedó mirando el convoy, que se perdió entre el rojizo polvo del campo, y después se puso en camino, tristemente.

Una cosa, sin embargo, le animó algo desde el principio. Después de tres días de viaje, a través de aquella llanura interminable y siempre igual, veía delante de sí una cadena de altísimas montañas azules con las cimas blancas, que le recordaban los Alpes y le parecía que iba a acercarse a su país. Eran los Andes, la espina dorsal del continente americano, la inmensa cadena que se extiende desde la Tierra del Fuego hasta el mar Glacial del Polo Artico, por

110 grados de latitud. También le animaba el sentir que el aire se iba haciendo cada vez más caliente; y sucedía esto porque, marchando hacia el Norte, se iba acercando a las regiones tropicales. A grandes distancias encontraba pequeños grupos de casas con una tiendecilla, y compraba algo para comer. Encontraba hombres a caballo; veía de vez en cuando mujeres y niños sentados en el suelo, inmóviles y serios, con caras nuevas completamente para él, color de tierra, con los ojos oblicuos, los huecos de las mejillas prominentes, los cuales lo miraban fijas y lo seguían con la mirada, volviendo la cabeza lentamente, como autómatas. Eran indios. El primer día anduvo hasta que le faltaron las fuerzas, y durmió debajo de un árbol. El segundo anduvo bastante menos, y con menos ánimo. Tenía las botas rotas, los pies desollados y el estómago débil por la mala alimentación. En la noche empezaba a tener miedo. Había oído decir en Italia que en aquel país había serpientes; creía oír las arrastrarse; se detenía; tomaba luego la carretera y sentía frío en los huesos. A veces le daba gran lástima de sí mismo, y lloraba en silencio conforme iba andando. Después pensaba: "¡Oh, cuánto sufriría mi madre si supiese que tengo tanto miedo!" Y este pensamiento le daba ánimos. Luego para distraerse del terror, pensaba en tantas cosas de ella, que traía a su mente sus palabras cuando salió a Génova, y el modo cómo le solía arreglar las mantas, bajo la barba, cuando estaba en la cama; y cuando era niño, que, a veces, lo cogía en sus brazos diciéndole: "Estate aquí un poco conmigo!"; y estaba así mucho tiempo con la cabeza apoyada sobre la suya y entregada a sus pensamientos. Y se decía entre sí: "¿Volveré a verte alguna vez, madre querida? ¿Llegaré al fin de mi viaje, madre mía?" Y andaba, andaba, en medio de árboles desconocidos, entre vastas plantaciones de caña de azúcar, por prados sin fin, siempre con aquellas grandes montañas azules por delante, que cortaban el sereno cielo con sus altísimos conos. Pasaron cuatro días, cinco, una semana. Las fuerzas le iban faltando rápidamente, y los pies le sangraban. Al fin, una tarde, al ponerse el sol le dijeron: "Tucumán está a cinco leguas de aquí". Dio un grito de alegría y apretó el paso, como si hubiese recobrado en el momento todo el vigor perdido. Pero fue breve ilusión. Las fuerzas le abandonaron de nuevo, y cayó extenuado a la orilla de una zanja. Mas el corazón le saltaba de gozo. El cielo, cubierto de estrellas, nunca le había parecido tan hermoso. Lo contemplaba echado sobre la hierba para dormir, y pensaba que su madre miraría quizá también al mismo tiempo el cielo: "¡Oh, madre mía! ¿Dón-

de estás? ¿Qué haces en este instante? ¿Piensas en tu hijo? Te acuerdas de tu Marcos, que está tan cerca de ti?"

¡Pobre Marcos! Si él hubiera podido ver en qué estado se encontraba entonces su madre, hubiera hecho esfuerzos sobrehumanos por andar aún y llegar hasta ella cuanto antes. Estaba enferma, en la cama, en un cuarto de un piso bajo de la casita solariega donde vivía toda la familia Mequínez, la cual le había tomado mucho cariño y le asistía muy bien. La pobre mujer estaba ya delicada cuando el ingeniero Mequínez tuvo que salir precipitadamente de Buenos Aires, y no se había mejorado del todo con el buen clima de Córdoba. Pero después, el no haber recibido contestación a sus cartas del marido, ni del primo; el presentimiento siempre vivo de alguna gran desgracia; la ansiedad continua en que vivía, dudando entre marchar y quedarse, cada día esperando una mala noticia, la habían hecho empeorar considerablemente. Por último, se había presentado una enfermedad gravísima: una hernia intestinal estrangulada. Desde hacía quince días no se levantaba. Era necesario una operación quirúrgica para salvarle la vida. Precisamente en aquel momento mientras su Marcos la invocaba, estaban junto a su cama el amo y el ama de la casa convenciéndola, con mucha dulzura, para que se dejase hacer la operación.

Un médico afamado de Tucumán había ya venido la semana anterior, inútilmente. "No, queridos señores —decía ella—; no trae cuenta; yo no tenga ya más fuerzas para resistir, y moriré bajo los instrumentos del cirujano. Mejor es que me dejen morir así. No me importa la vida. Todo ha concluído para mí. Es preferible que muera antes de saber lo que haya ocurrido en mi familia". Los dueños volvían a decirle que no, que tuviese valor, que las últimas cartas enviadas a Génova directamente tendrían respuesta, que se dejase operar, que lo hiciese por sus hijos. Pero aquella idea de sus hijos agravaba más y más, con mayor angustia, el desaliento profundo que la postraba hacía largo tiempo. Al oír aquellas palabras prorrumplía en llano. "¡Oh! ¡Hijos míos! ¡Hijos míos! —exclamaba, juntando sus manos—. ¡Quizá ya no existan! Mejor es que muera yo también. Muchas gracias, buenos señores; se los agradezco de corazón. Más vale morir. Ni aun con la operación me curaría, estoy segura. Gracias por tantos cuidados. Es inútil que pasado mañana vuelva el médico. ¡Quiero morirme: es mi destino! Estoy decidida". Y ellos, sin cesar de consolarla, repetían: "No, no diga eso", cogiéndola de las manos y suplicándole. La enferma entonces cerraba los ojos agotada, y caía en un sopor que la hacía parecer muerta... Los señores permanecían a su lado algún

tiempo, mirando con gran compasión, a la débil luz de la lamparilla, aquella madre admirable, que había venido a servir a seis mil millas de su patria, y a morir... ¡después de haber sufrido tanto! ¡Pobre mujer! ¡Tan honrada, tan buena y tan desgraciada!...

Al día siguiente, muy de mañana, entraba Marcos con su saco a la espalda, encorvado y tambaleándose, pero lleno de ánimos, en la ciudad de Tucumán, una de las más jóvenes y florecientes de la República Argentina. Le parecía volver a ver a Córdoba, a Rosario, a Buenos Aires; eran aquellas mismas calles derechas y larguísimas, y aquellas casas bajas y blancas; pero por todas partes se veía nueva y magnífica vegetación: se notaba un aire perfumado, una luz maravillosa, un cielo límpido y profundo, como jamás lo había visto ni siquiera en Italia. Caminando por las calles, volvió a sentir la agitación febril que se había apoderado de él en Buenos Aires, miraba las ventanas y las puertas de todas las casas, se fijaba en todas las mujeres que pasaban, con la angustiosa esperanza de encontrar a su madre; hubiera querido preguntar a todos, y no se atrevía a detener a nadie. Todos, desde el umbral de sus puertas, se volvían a contemplar a aquel pobre muchacho harapiento, lleno de polvo, que daba señales de venir de muy lejos. Buscaba entre las gentes una cara que le inspirase confianza, a quien dirigir aquella tremenda pregunta, cuando se presentó ante sus ojos, en el rótulo de una tienda, un nombre italiano. Dentro había un hombre con anteojos y dos mujeres. Se acercó lentamente a la puerta y con ánimo resuelto preguntó:

"¿Me sabrán decir, señores dónde está la familia Mequínez?"
"¿Del ingeniero Mequínez?", preguntó a su vez el de la tienda.
"Sí del ingeniero Mequínez" respondió el muchacho con voz apagada. "La familia Mequínez —dijo el de la tienda— no está en Tucumán.

Un grito desesperado de dolor, como de persona herida de repente por artero puñal, fue el eco de aquellas palabras.

El tendero y las mujeres se levantaron; acudieron algunos vecinos. "¿Qué ocurre? ¿Qué tienes muchacho? —dijo el tendero haciéndole entrar en la tienda y sentarse—; no hay por qué desesperarse, ¡qué diablo! Los Mequínez no están aquí; pero no están muy lejos: ¡a pocas horas de Tucumán!" "¿Dónde? ¿Dónde?", gritó Marcos, levantándose como un resucitado. "A unas quince millas de aquí —continuó el hombre—: a orillas del Saladilla; en el sitio donde están construyendo una gran fábrica de azúcar; en el